



LA JERARQUÍA DE LA IGLESIA

[¿POR QUÉ Y PARA QUÉ?]

Todo grupo para subsistir necesita de una cierta **organización**. Esta organización dentro del grupo tiene la finalidad de **servir** lo mejor posible a todos los miembros del mismo. La unidad y conexión de los miembros del grupo se realizan **en torno a alguien**, que toma la responsabilidad de ser centro de unión. Es lo que llamamos **autoridad**. La comunidad cristiana tiene su organización interna. Por eso algunos creyentes son llamados por el Señor a servir a la Iglesia de forma especial, asumiendo el servicio de la autoridad.

AL SERVICIO DE LA COMUNIÓN

Estas personas, que tienen autoridad en la Iglesia, intentan ser fieles a **lo que Jesús dijo** a los Apóstoles, cuando los dos hermanos, Juan y Santiago, pretendían ser los primeros en el grupo:

«Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, reuniéndolos, les dijo: Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: **el que quiera ser importante, sea vuestro servidor**; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10, 41-45).

Esto que dice Jesús a los apóstoles no es la manera habitual de actuar entre los hombres. Normalmente **quien ejerce la autoridad tiene el peligro de olvidar su misión de servicio y convertirse en instrumento de dominio**. Y, sin embargo, toda persona que tiene una actitud de servicio, ayuda a que los demás en el grupo se encuentren a gusto. Esto es más verdad aún si esta persona tiene alguna autoridad entre los miembros del grupo.

No es fácil hacer de la autoridad un servicio, que lleve a la unión y a la estima de cada uno de los

TESTIMONIO DE UN OBISPO ESPAÑOL



«A mí me dicen que esté presente en muchas partes. Que presida los consejos, que vaya a lugares donde hay algún conflicto, que escuche a todos con paciencia. Horas y horas de viajar por las carreteras (el tormento del coche), de escuchar, de informarme. Esfuerzos para distinguir lo bueno de lo desviado, claridad en decirlo y, sobre todo, mucho amor a las personas que, cuando se conocen bien, ¡tienen tanto bueno! Y luego uno tiene que mirar al futuro. Programar. La Comunidad se une tras un programa acertado. Hay estudiar, prever, conectar con otros obispos, escuchar la voz del Papa para acertar. Y no guiar la Iglesia diocesana propia uno solo, aisladamente, ni dar respuestas a los problemas de los hombres con soluciones avanzadas ni retrasadas ni por caminos extravagantes. Todo esto lo siento como un peso muy grave. Me faltan días y horas y todo lo que hago, incluso cuando descanso, lo ordeno a ser capaz de servir y orientar mejor a mi Iglesia. No tengo otra ilusión. Vivo muy contento. Estoy tan cansado que duermo profundamente todas las noches. Y siento en mi corazón que debo ser fiel al evangelio de Jesús, yo el primero. Que debo orar y estar unido al Padre del Cielo. Pues la Iglesia no es una empresa o un club de amigos, sino una comunidad de fe unida al Señor».

miembros de una comunidad. Es algo **propio del Evangelio de Jesús y fruto del Espíritu**. Una de las imágenes que mejor expresa en el Evangelio esta actitud es la del Pastor.

JESÚS, EL BUEN PASTOR

Ya en la antigüedad a los **reyes** se les llamaban frecuentemente **pastores**. Cuidaban de los hombres como el pastor cuida de su rebaño. Eran pastores de hombres.

Esta figura del pastor estaba arraigada sobre todo en **Israel**, que era descendiente de un pueblo nómada, dedicado al cuidado de los rebaños. El pastor es a la vez jefe y compañero. La autoridad no se discute, está fundada en la entrega y en el amor.

El Pueblo de Israel tiene la experiencia de que **Dios** le cuida, le guía, le da lo que necesita en cada momento. Por esto le reconoce como a su **único Pastor**:

«El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas» (Sal 22, 1-3).

Dios confía las ovejas de su rebaño a sus servidores, entre los que destacan, por su fidelidad, Moisés, Josué, **David**... Este último, a pesar de sus errores, fue un gran rey, un pastor fiel del rebaño de Israel, que Dios le confió. Por eso, cuando Dios habla de reyes que gobernarán con fidelidad a su Pueblo, suele identificarlos con David, su siervo fiel. Acusando a los malos pastores, Dios promete por Ezequiel:

«Les daré un pastor único que las pastoree: mi siervo David; él las apacentará, él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios y mi siervo David, príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, lo he dicho» (Ez 34, 23-24).

Algunos de estos pastores son infieles a Dios y al rebaño:

«¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No son las ovejas lo que tienen que apacentar los pastores? Os coméis su manteca, os vestís con su lana, matáis las más gordas, y las ovejas no las apacentáis. Así dice el Señor: Yo mismo en persona buscaré mis ovejas siguiendo su rastro. Como sigue el pastor el rastro de su rebaño cuando las ovejas se le dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas» (Ez 34, 2-3; 11-12).

Jesús cumple la profecía de Ezequiel sobre el buen pastor. Él es el pastor fiel, que da la vida por las ovejas, las reúne y las cuida:

«**Yo soy el buen Pastor**. El buen pastor da la vida por las ovejas. Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas» (Jn 10, 11. 14-15).

Los apóstoles, por su parte, **continúan la misión de Jesús**, buen Pastor. Jesús elige a doce de sus discípulos; ellos le acompañan en el anuncio del Reino de Dios. Les confía la misión que ha recibido del Padre. A ejemplo suyo han de buscar la oveja extraviada y apacentar la Iglesia de Dios haciéndose modelos del rebaño. A estos el Nuevo Testamento y la primitiva comunidad cristiana les llama Apóstoles o **Enviados**:

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21).

Los apóstoles aparecen en la comunidad cristiana primitiva como un grupo especial. **Han recibido de Cristo unos poderes y sobre todo el don del Espíritu Santo** el día de Pentecostés. Desde el principio crean comunidades en las distintas ciudades. **Predican la**

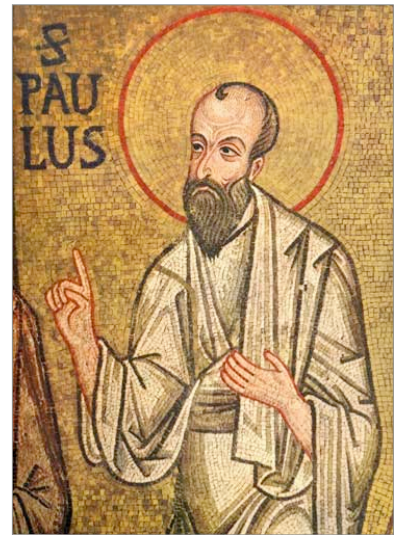


Palabra de Dios, celebran los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, y sirven con sus decisiones a la comunidad. San Pablo expresa así el sentido de su tarea:

«Que la gente solo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1Cor 4, 1).

LOS OBISPOS, SUCESORES DE LOS APÓSTOLES

La misión que Jesús confió a los Apóstoles durará hasta el fin de los tiempos (ver Mt 28, 20). **Al principio, los apóstoles dirigen personalmente las comunidades** cristianas recién nacidas. A medida que surgen nuevas comunidades, los Apóstoles dejan el cuidado de estas a algunos de sus colaboradores de confianza. **Por medio de la imposición de manos, les comunican los poderes** que Jesús mismo les ha confiado: son los **Obispos**. Ellos son los **sucesores de los Apóstoles, representantes de Cristo**, elegidos para apacentar la grey del Señor.



En este sentido, San Pablo escribe a Timoteo y le dice cómo ha de vivir la misión que le ha encargado:

«Por esta razón, te recuerdo que reavives el don de Dios, que recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio. No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero... Por lo tanto, hijo mío, saca fuerza de la gracia de Cristo Jesús, y lo que me oíste a mí, garantizado por muchos testigos, confíalo a hombres fieles, capaces, a su vez, de enseñar a otros» (2Tim 1, 6-8; 2, 1-2).

En la Iglesia del siglo II, los Obispos aparecen ya por todas partes al frente de las comunidades cristianas. Ellos son los sucesores de los apóstoles y el centro de unión de sus comunidades. **No solo son el punto de unión de todos los cristianos de su diócesis, sino que unen a esta con la Iglesia Universal.** Están **al servicio de la comunión eclesial.** Todos los Obispos, como miembros del Cuerpo episcopal, sucesor del Colegio de los Apóstoles, han sido consagrados no solo para una diócesis o comunidad determinada, sino para la salvación de todo el mundo.

LOS PRESBITEROS, AL SERVICIO DE LAS COMUNIDADES LOCALES

Junto a los Obispos, están los presbíteros o sacerdotes. Estos colaboran con los Obispos en la misión que Jesús les confió. **Los sacerdotes están al servicio de las comunidades cristianas locales o comunidades pequeñas,** en el campo y en las ciudades.

San Pablo, que ha dejado como Obispo a su discípulo Tito en Creta, le escribe dándole indicaciones:

«Mi intención al dejarte en Creta era que pusieras en regla lo que faltaba y establecieses presbíteros en cada ciudad, siguiendo las instrucciones que te di» (Tt 1, 5).

LOS DIÁCONOS, AL SERVICIO DEL PUEBLO DE DIOS

Desde la primitiva Iglesia, son **colaboradores** también en la misión episcopal los diáconos. Los Obispos les ordenan imponiéndoles las manos:

«Así, confortados con la gracia sacramental, en comunión con el Obispo y su presbiterio, sirven al Pueblo de Dios en el **ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad**» (*Lumen gentium*, 29).

«Por entonces, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, diciendo que, en el sufrimiento diario, no atendían a sus viudas. Los Doce convocaron al grupo de los discípulos y les dijeron: No nos parece bien descuidar la Pa-

labra de Dios para ocuparnos de la administración. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría y los encargaremos de esta tarea: nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra» (Hch 6, 1-4).

EL PAPA, SUCESOR DE PEDRO

Entre los diversos servicios sacerdotales a la comunidad, destaca por su particular significado el Papa, **sucesor de Pedro, cabeza de todos los Obispos y de toda la Iglesia.**

Después de la resurrección, Cristo confía a Pedro el cuidado de toda la Iglesia. La escena sucede junto al lago de Tiberíades o Genesaret:

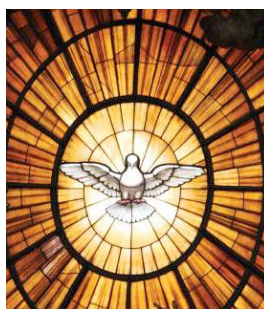
«Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Él le contestó: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Por segunda vez le pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él le contesta: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Él le dice: Pastorea mis ovejas. Por tercera vez le pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17).



Desde los primeros tiempos de la Iglesia, el Obispo de Roma, como sucesor de Pedro, es el **Pastor Supremo de toda la Iglesia.** Como a Pedro también Jesús le dice: “apacienta mis ovejas”. El Papa es así el **centro de unión de toda la Iglesia. Con él cooperan activamente todos los demás Obispos** en la tarea de apacentar al Pueblo de Dios.

En momentos importantes de la historia, los Obispos, en comunión con el Papa y con su aprobación, se reúnen en **Concilios y Sínodos**, para decidir o reflexionar en común sobre problemas trascendentales de la Iglesia. Otras veces se reúnen los Obispos en sus propios países y en sus regiones tratando de iluminar los problemas concretos de sus comunidades. A estas reuniones las llamamos **Asambleas de las Conferencias Episcopales**, nacionales o regionales.

EL ESPÍRITU SANTO OS GUIARÁ HASTA LA VERDAD COMPLETA



La Iglesia, Pueblo jerárquico, sabe que **no va sola** en su marcha. El Espíritu de Jesús, don del Padre, ha sido derramado en el corazón de cada uno de sus miembros. **Este Espíritu asiste de una manera especial a todos aquellos que están al servicio de la unidad de la Iglesia**, como son el Papa, los Obispos y los Presbíteros.

La Iglesia confiesa con alegría y humildad que no por sus méritos, ni por su inteligencia, sino **por la presencia en ella del Espíritu**, no puede equivocarse, es decir, **es infalible** cuando todos los fieles, incluido el Papa y los Obispos, creen lo mismo, en lo que se refiere a la fe de la Iglesia. Del mismo modo, cuando todos los Obispos, manteniendo el vínculo de la comunión entre sí y con el sucesor de Pedro, se ponen de acuerdo en imponer una doctrina como definitiva en cosas de fe y costumbres, están proclamando infaliblemente la doctrina de Cristo. Según nuestra fe, el Papa, Cabeza del Colegio Episcopal, es infalible cuando, como Pastor y Maestro de todos los cristianos, enseña solemnemente la doctrina de la fe y costumbres.